

CAPÍTULO XIII

Bestiario Chokaní

Donde cada criatura es un eco de la dulzura, un guardián del viento, o una sombra sabia de las montañas.

Para el pueblo chokaní, cada animal era una palabra viva. Y cada palabra viva, un maestro. Los ancianos decían: **“No camines sin aprender de quien ya conoce el camino.”** Por eso el bestiario chokaní no era una lista de criaturas... era un libro de sabiduría.

El **KOLU** es un pequeño ciervo del tamaño de un perro grande, con patas finas, cuerpo ligero y ojos enormes, oscuros y sorprendentemente expresivos. Su pelaje va de beige a marrón miel, con una franja blanca en el pecho y pequeñas motas claras en el lomo. Las orejas, largas y delicadas, vibran al menor susurro del viento. Su mirada es tan dulce que los chokaní dicen: **“Quien mira a un kolu aprende a escuchar con los ojos.”**

El kolu es curioso y tímido. No huye: retrocede con elegancia, mirando siempre al viajero como si estuviera evaluando su alma. Su rasgo más especial es que, cuando confía

en alguien, le regala una mirada larga. Ese gesto se considera entre los chokaní un bendición silenciosa. El kolu vive cerca de: bosques dulces, zonas de kanú joven, claros donde crece musgo husná.

El kolu representa: la inocencia que guía, la dulzura silenciosa, el inicio de la confianza, lo pequeño que enseña, la mirada que cura. Por eso entre los chokaní existe el dicho: **“Si un kolu te mira sin miedo, has caminado bien.”** Los niños tallan figuras de kolu para recordarles la importancia de la bondad.

Durante un entrenamiento en los bosques al amanecer, Luka se separó del grupo siguiendo un sonido extraño. El viento estaba inquieto. Las hojas temblaban sin motivo. De pronto vio un kolu en lo alto de una roca. El animal lo miró fijamente... demasiado tiempo. Sin parpadear. Luka lo entendió. Era una advertencia. Retrocedió tres pasos cuando, justo delante del sitio donde iba a pisar, una serpiente Ammur emergió del suelo. Luka tembló. El kolu inclinó la cabeza, dio dos saltitos suaves y desapareció entre los árboles con una gracia imposible. Eriya, al enterarse, dijo:

—Has recibido la mirada amable. Pocos la reciben. Cuídala.

El **SURAK** es un ave del tamaño de un halcón pequeño, con alas largas y triangulares que cambian de color según el viento: azul pálido con viento tranquilo, blanco brillante con viento fuerte, gris oscuro ante un viento roto. Su cola es bifurcada y termina en dos plumas finísimas que vibran como campanas suaves. Los ojos del surak parecen gotas de cielo.

El surak puede: leer corrientes de aire invisibles, anticipar cambios climáticos, guiar migraciones animales, acompañar caravanas desde gran altura, y emitir un canto que calma vientos agresivos. Dicen que puede “hablar” con los Mirak’tul cuando el aire está completamente en silencio.

Los chokaní lo consideran un heraldo del viento. Creen que un surak nunca aparece por casualidad, nunca se posa si el camino es peligroso, y nunca canta sin motivo. Proverbio chokaní: **“Si un surak te sigue, el viento aprueba tus pasos.”**

Un día de niebla espesa, la caravana avanzaba lenta, sin saber si seguir o detenerse. Tyan estaba inquieto. El viento no hablaba. Todo era un silencio confuso. De pronto, un surak bajó desde el cielo como una flecha suave y se posó en su hombro izquierdo. Tyan quedó petrificado.

—Eriya... ¿qué... significa?

La maestra Mirak'tul se arrodilló ante él.

—Significa que el viento ha elegido tus ojos hoy. Guíanos.

El niño señaló hacia la derecha, sin saber por qué. La caravana lo siguió. Horas después, descubrieron que el camino original se había derrumbado. El surak ya no estaba. Nunca volvió a posarse en nadie.

El **LUMARI** es un felino mediano, similar a un lince esbelto, pero sin manchas. Su pelaje es: gris plateado en las montañas, marrón oscuro en bosques densos, y casi blanco en zonas de hielo. Sus ojos son dos lunas pequeñas que parecen ver incluso lo que uno intenta ocultar.

El lumari nunca ataca sin motivo. Nunca corre. Nunca huye. Simplemente aparece y observa. Los chokaní aseguran que: sabe cuándo alguien miente, detecta vibraciones emocionales, consuela sin acercarse, y protege a quienes sufren miedo nocturno. Los Mirak'tul decían: **“El lumari no te ve. Te lee.”**

El lumari representa: introspección profunda, reconocimiento de heridas internas, valentía silenciosa, sombra protectora, y escucha espiritual. Se creía que cuando alguien

enfrentaba un duelo, un lumari aparecía cerca para acompañarlo desde la distancia.

Una vez, una niña llamada **Yilma** perdió a su madre en una tormenta. No podía dormir. El miedo la ahogaba. Una noche, mientras lloraba en silencio, algo se tumbó detrás de ella. Era un lumari. Grande, silencioso, con los ojos brillando apenas. La niña tembló.

—¿Has venido... a llevarme?

El lumari parpadeó lentamente. Yilma entendió. Se recostó en el suelo. El felino permaneció a un metro, sin tocarla, toda la noche. Al amanecer, ya no estaba. Pero la niña durmió por primera vez en muchos días. Por eso decían: **“El lumari no sana. Acompaña.”**

El **KANULÍN** no es un animal. Es un espíritu. Un pequeño ser hecho de luz y aroma. Pequeño como el pulgar. Redondo como una semilla. Tibio como la pulpa del cacao joven. Su cuerpo parece hecho de vapor dulce y luz suave. Flota. Nunca toca el suelo. Nunca rompe nada. Solo aparece cuando: un niño dice **“choquitito”** con absoluta ternura, alguien comparte lo último que tiene, una semilla nueva está a punto de nacer, el

cacao quiere agradecer. Los **chokaní** lo describen como: “**un suspiro pequeño con forma.**”

Es el espíritu de: la dulzura compartida, la inocencia, la gratitud, el inicio de todo lo bueno, la bondad que no pide nada. Por eso el kanulín aparece especialmente cuando un niño salva a otro, o cuando alguien da algo sin esperar retorno.

Durante una ceremonia en el **Templo Dulce**, un niño llamado **Suri** llevó una vasija de choquitito para compartirla con otros niños que tenían frío. Cuando abrió la vasija, un pequeño brillo surgió del interior. Un kanulín. Flotó sobre la vasija, giró tres veces, y dejó caer una chispa suave dentro del líquido. El choquitito cambió de aroma: más dulce, más cálido, más protector. Los niños lo bebieron y entraron en un sueño profundo sin pesadillas. Los ancianos dijeron:

—Habéis sido tocados por la dulzura más pequeña del mundo.

En el **Bestiario Chokaní**, toda dulzura tiene un reflejo. Toda luz tiene un eco. Y todo camino tiene un silencio. Ese silencio se llama: **KURÚN-SHA** — “**La Sombra Que No Tiene Dulzura**”.

El **Kurún-Sha** no tiene forma fija. A veces parece una sombra humana. A veces un animal. A veces un humo negro que se retuerce. Se mueve despacio, como si cada gesto le costara un esfuerzo inmenso. Sus “ojos” son dos huecos de luz gris. No brillan: absorben brillo. Su cuerpo nunca toca el suelo. Siempre flota unos centímetros como si evitara contaminarse con la dulzura del mundo. La temperatura baja a su alrededor como si estuviera hecho de ausencia.

El Kurún-Sha **NO** es malvado. El Kurún-Sha es: lo que queda cuando alguien pierde completamente la dulzura, el eco de una semilla olvidada, la forma que toma el dolor antiguo, la memoria de un camino roto, una advertencia viviente. Donde aparece esta criatura, no hay perfume a cacao, no hay viento dulce, no hay shúniri, no hay luz cálida. Solo una ausencia profunda.

El Kurún-Sha no ataca. No persigue. No grita. Solo observa. Si alguien se acerca demasiado, la criatura retrocede y desaparece entre grietas, bosques densos o nieblas pesadas. Dicen que su presencia provoca tres síntomas: la dulzura se “apaga” en la lengua, los pensamientos se vuelven muy silenciosos, y el viento deja de resonar. El Kurún-Sha es una

señal, no una amenaza. Los ancianos repetían: **“Donde no hay dulzura, el Kurún-Sha recuerda.”** Solo aparece en tres lugares: bosques donde el cacao dejó de crecer, cuevas donde los caminos murieron, montañas donde nadie escucha al viento. El Kurún-Sha representa: el duelo, el abandono, la pérdida de rituales, la palabra que no se dijo, la dulzura rota. No hace daño. No reclama nada. Solo existe para recordar que la dulzura no es eterna si no se cuida.

Durante una marcha al atardecer, Tyan se adelantó unos pasos para observar una roca brillante. El viento estaba dormido. El cielo, demasiado quieto. Y entonces lo vio: Una sombra alta, delgada, con bordes deshilachados, flotando entre los troncos. Tyan no pudo moverse. Ni respirar. El Kurún-Sha lo observó con ojos vacíos. No avanzó. No retrocedió. Solo existió. Un susurro salió de la sombra, más frío que el hielo: — **No... dul... zu... ra...** Tyan sintió que su pecho se hacía pequeño. Hasta que, de repente, un shúniri blanco saltó delante de él y golpeó el suelo con sus patas. El viento volvió como un soplo salvador. La sombra retrocedió, se deshizo en niebla, y desapareció.

—¿Qué... era eso? —susurró Tyan luego.

Eriya respondió con gravedad:

—La ausencia de todo lo que somos. Pero mientras un niño respire dulzura... el Kurún-Sha nunca tendrá forma completa.

Tyan guardó silencio el resto del día. El viento sopló a su alrededor como un abrazo lento.

EPÍLOGO

“Donde hay criaturas, hay historias... y donde hay historias, hay pueblo.”

El bestiario chokaní es más que un catálogo de seres. Es un espejo del alma del pueblo: el kolu enseña la mirada dulce, el surak guía los pasos, el lumari calma las sombras internas, el kanulín recuerda la inocencia, el Kurún-Sha advierte sobre la ausencia de dulzura. Todas estas criaturas, desde las más tiernas hasta las más oscuras, coexisten en un equilibrio perfecto. Porque el mundo chokaní sabe que la dulzura brilla más cuando ha conocido su propia sombra. Y así, en cada bosque, en cada montaña, en cada río, en cada semilla... una criatura vigila, camina, susurra o recuerda. Y mientras el pueblo siga escuchando, el mundo seguirá vivo.



CAPÍTULO XIV

Sabiduría y Proverbios

Donde las palabras son semillas, y las semillas se convierten en caminos.

El pueblo chokaní no tenía reyes ni escribas que ordenaran leyes rígidas. Sus normas eran dulces, ligeras, y transmitidas de boca en boca. Cada proverbio era un recordatorio, una enseñanza para vivir en armonía con la tierra, el cacao y el viento. Decían los ancianos: **“Un proverbio es un choquitito: pequeño, pero capaz de endulzar la vida entera.”**

“El que escucha el viento no necesita prisa.” Los Mirak'tul repetían esta frase a los niños desde que podían caminar. Para ellos, apresurarse era una forma de desoír al mundo. El viento siempre iba por delante. Sabía antes que nadie dónde era seguro, cuándo cambiaría el clima, cuándo era el momento de detenerse. Los chokaní creían que quien escucha el viento camina acompañado. Quien no lo escucha, camina contra él.

Un día, Luka quiso impresionar a sus amigos y tomó un atajo entre dos rocas.

—¡Llegaré antes al templo! —dijo.

Pero una ráfaga repentina lo hizo retroceder. Eriya apareció de la nada:

—Hijo... si el viento te detiene, no te está frenando. Te está cuidando.

Luka bajó la cabeza y respondió:

—Entonces caminaré cuando él camine.

Eriya sonrió.

—Ahora sí estás escuchando.

“La dulzura no pesa.” Cuando los Kanuyá enseñaban a los niños a cargar semillas, vasijas o frutas, decían siempre: **“La dulzura no pesa, si se lleva con intención recta.”** No hablaban del peso físico. Hablaban del emocional. El acto de compartir, de cuidar, de ayudar, de ofrecer algo pequeño... nunca es una carga. Solo pesa lo que se hace sin corazón.

Durante una Caravana Dulce, Tyan cargó una vasija pesada y se quejó:

—¡Esto es demasiado para mí!

Un Kanuyá mayor lo miró:

—¿Para quién la llevas?

—Para los niños del siguiente Mara-Ki.

—Entonces no pesa. Cierra los ojos y vuelve a intentarlo.

Tyan lo hizo... y el peso pareció desaparecer un instante. Nunca olvidó esa sensación.

“Lo pequeño guarda lo grande.” Este proverbio viene de la época de Mirayá y el primer kanú. Los ancianos decían que las cosas más pequeñas: una semilla, una palabra, un gesto, un paso, un susurro, un animal diminuto, un kanulín... tenían dentro todo lo necesario para cambiar el mundo.

Para los chokaní: La grandeza nace de lo tierno. Lo tierno nace de lo pequeño. Y lo pequeño nace del cuidado. Por eso la palabra **“choquitito”** es la esencia espiritual de este proverbio.

Un día, Nami encontró una semilla de kanú recién caída. La sostuvo contra su pecho.

—Es tan pequeña... —murmuró.

Eriya la escuchó y respondió:

—Dentro de esa semilla hay sombra, dulzura, fruto, raíces, y generaciones enteras.

Nami abrió los ojos, sorprendida.

—¿Tanto en algo tan pequeño?

—Exacto. Por eso cuidamos lo pequeño. Porque en él vive lo grande.

Otros proverbios esenciales del pueblo chokaní:

- **“Cuando la montaña calla, escucha más fuerte.”** La quietud no es silencio. Es atención. Un día sin viento, un niño preguntó: **—¿La montaña duerme?** Eriya respondió: **—No. Hoy te está escuchando a ti.**
- **“El camino sabe hacia dónde vas antes que tú.”** Los chokaní confiaban en el instinto del sendero. Si un camino parecía llamarte, debías seguirlo. Tyan dudaba entre dos rutas. Un shúniri se sentó en una de ellas. Tyan entendió.
- **“No es sabio quien habla bonito, sino quien escucha dulce.”** Para los chokaní, la escucha era la

forma más alta de inteligencia. Una anciana Lumeri dijo:
—Si escuchas bien, la mitad del mundo se arregla solo.

- **“No compartas lo que te sobra; comparte lo que es dulce.”** El valor no está en dar lo superfluo, sino lo significativo. Un niño compartió la mitad de su choquitito con alguien triste. El viento les tocó el cabello. Eso era aprobación.
- **“Quien teme al viento, teme lo que viene de él.”** El viento era guía, no juez. Luka confesó tener miedo a un soplo fuerte. Eriya le dijo: **—No temas. El viento nunca empuja. Solo acompaña.**
- **“Las cosas dulces no se gritan.”** El pueblo enseñaba que la dulzura es suave, y si la fuerzas... desaparece. Nami levantó la voz en una discusión. Un anciano dijo: **—Si gritas, la dulzura se esconde.** Nami bajó la voz. La dulzura volvió.
- **“El primer paso es pequeño. El segundo, verdadero.”** El inicio es fácil. La constancia, no. Tyan quiso abandonar un entrenamiento. Eriya le dijo: **—Ya diste el primer paso. El segundo decide tu historia.**

- **“La dulzura no pide permiso para nacer.”** Las cosas hermosas suceden sin planificación. Un kanulín apareció sobre una vasija en mitad de un ritual caótico. Nadie esperaba ese milagro.
- **“El viento nunca dice adiós.”** Solo cambia de camino. Luka lloraba cuando Eriya partió en viaje. El viento le acarició la mejilla. Era un “nos vemos pronto”.
- **“El miedo no es enemigo; es compañero de viaje.”** Los chokaní enseñaban a caminar con miedo, no a eliminarlo. Durante una tormenta, Nami temblaba. Eriya le dijo: —**Si tienes miedo, tómallo de la mano. Y sigue caminando.**

Donde las Palabras Respiran

Los proverbios chokaní no se repetían para ser recordados. Se repetían para ser vividos. Porque cada frase, cada susurro, cada enseñanza dulce, había nacido de: el viento que habla, la montaña que escucha, los niños que aprenden, los espíritus que protegen, el cacao que recuerda.

Y así, cada vez que un niño decía una palabra con dulzura sincera, los ancianos asentían, sabiendo que una nueva historia acababa de nacer. Porque en Chokán: **“La sabiduría no se almacena. Se respira.”**



CAPÍTULO XV

Las Montañas de Nákara

Región espiritual. Niebla que enseña. Lugar de visiones.
Cuna del Cronista del Viento.

Las **Montañas de Nákara** eran diferentes a cualquier otro lugar del mundo chokaní. Allí el viento no solo soplabá: **hablaba**. La tierra no solo temblaba: **recordaba**. Y la niebla... **la niebla enseñaba**. Los ancianos decían que Nákara era el lugar donde los espíritus respiraban más cerca de la piel humana. Allí todo podía ocurrir, y nada ocurría sin motivo.

Nákara no era una cordillera común. Era un sistema de montañas circulares, como si la tierra hubiera alzado sus manos alrededor de un corazón antiguo. Cada amanecer, una niebla blanca, espesa y cálida emergía de los valles superiores y se extendía como un manto viviente. No era niebla normal. La llamaban: **Nir'kama: la niebla que enseña**. Tenía tres características únicas: se movía en patrones circulares, producía sonidos leves (risas, murmullos, voces de viento), y tocaba la piel con tibieza, como si llevara recuerdos dulces en su interior. Los chokaní creían que la niebla guardaba memorias de

generaciones enteras. Por eso decían: **“Donde camina la niebla, camina la historia.”**

Nákara no era un lugar para vivir. Era un lugar para ser probado. Las caravanas nunca subían allí enteras. Solo subían: Mirak'tul en formación, sanadores en búsqueda de revelación, Kanuyá en busca de semillas antiguas, y niños seleccionados para aprender a escuchar verdades profundas. En lo alto de Nákara había: cuevas dulces, círculos de piedra que vibraban al viento, árboles viejos que “susurraban” en sus hojas secas, fuentes calientes con aroma a cacao leve, ruinas de asentamientos olvidados, siluetas que parecían moverse en la niebla, y un silencio que nunca era silencio.

La **Nir'kama** no enseñaba con palabras. Enseñaba con: imágenes, intuiciones, recuerdos, ecos de otras vidas, sensaciones de dirección, y visiones breves. A veces la niebla mostraba: un camino que no existía, un animal que ya estaba muerto, un sonido que venía del futuro, un error que alguien iba a cometer, o una dulzura que aún no había nacido. Muchos regresaban llorando, otros riendo, y algunos... en silencio absoluto. Todos cambiaban.

En el corazón de Nákara había una formación natural conocida como: **Tul’Navar — El Valle de las Cuatro Voces**. Un círculo perfecto rodeado de cuatro montañas, cada una alineada con un viento distinto. Allí ocurría un fenómeno único: Cuando la niebla llenaba el valle, los cuatro vientos entraban al mismo tiempo y la niebla vibraba en cuatro tonos. Quien se sentaba en el centro del círculo podía experimentar una visión profunda. Los chokaní decían que las Cuatro Voces mostraban: quién eras, quién podías ser, quién debías ser, y quién no debías ser jamás. Solo unos pocos eran capaces de escucharlas todas.

La fauna de Nákara era distinta. Las criaturas vivían en silencio, en armonía con la niebla. Se encuentra el **Yalum** (Cabra de Niebla, cuyo balido suena como viento dulce); el **Tura’Shal** (Ave de Eco, que repite sonidos del futuro); y el **Nakari** (Zorro de Humo, que aparece para proteger a los perdidos).

En estas montañas, bajo la niebla que enseña, nació **Tul’marek**: Tul = viento, Marek = memoria. **Tul’marek** = “Memoria del Viento”.

Su madre era una Mirak'tul que tuvo una visión durante un ritual. Su padre, un Kanuyá de espíritu dulce. Pero Tul'marek nació durante la **Niebla Doble**, un fenómeno rarísimo donde dos capas de Nir'kama se superponen. Los ancianos dijeron: **“Este niño no escuchará el viento. El viento lo recordará a él.”** Se cuenta que, cuando tenía solo dos años, la niebla se arremolinaba a su alrededor como si quisiera jugar con él. A los cuatro, se escapaba para escuchar voces en las rocas altas. A los seis, las criaturas de Nákara no huían de él. A los nueve, tuvo su primera visión. A los doce, se convirtió en aprendiz Mirak'tul. A los dieciséis, los ancianos dijeron: **“No solo escucha. Lee al viento.”** Y a los veintiséis... se convirtió en el **Cronista del Viento** que hoy narra esta historia.

Tenía nueve años. Era de madrugada. La niebla era más espesa que nunca. Tul'marek caminó hacia el Valle de las Cuatro Voces, solo, sin permiso, siguiendo una sensación extraña en el corazón. Al llegar al centro, la niebla se iluminó por dentro como si contuviera fuego blanco. Un sonido profundo, mezcla de viento y susurro, habló dentro de su pecho:

—Tul... marek... ¿qué guardarás?

El niño respondió sin miedo:

—Lo pequeño.

La niebla vibró. Un eco dulce lo envolvió.

—¿Y por qué?

Tul'marek sonrió con inocencia:

—Porque nadie más lo hará.

La niebla se disipó como si hubiera respondido correctamente a una pregunta ancestral. Y desde ese día, el viento lo llamó por su nombre.

Nákara simboliza: origen, intuición, memoria, enseñanza, verdad interior, visión profunda, y nacimiento de vocaciones espirituales. Los chokaní dicen: **“Quien sube a Nákara cambia. Quien baja, recuerda.”** Y por eso, cada generación siente un llamado invisible a caminar hasta allí al menos una vez en su vida. Porque en esas montañas vive la respuesta a la pregunta que nadie sabe formular.

Donde la Niebla Mira Hacia Adentro

Dicen los ancianos que la niebla de Nákara no sube ni baja: **respira**. Respira a través de los pasos de quienes buscan respuestas, de quienes aún no saben preguntar, de quienes escuchan aunque no entiendan, y de quienes entienden aunque el viento no hable. En cada amanecer, cuando el sol intenta atravesar la cortina blanca del valle, la niebla se ilumina desde dentro como si recordara algo que aún no ha sucedido. Es entonces cuando el mundo parece detenerse para escuchar un susurro antiguo: **“Todo lo que eres ya estaba en ti antes de que el viento pronunciara tu nombre.”**

Los que bajan de Nákara no hablan de lo que vieron. No porque no quieran, sino porque no hay palabras suficientes. La niebla enseña sin sonido, sin gesto, sin insistencia. Enseña con presencia.

Y así, cuando el último fragmento de Nir’kama se disuelve en el aire al final del día, solo queda un eco suave, tan pequeño como un choquitito y tan grande como un destino: **“Lo que buscas también te busca.”** Y el viento, que lo escucha todo, asiente en silencio.

